

FAMILIA

— ABRIL —



Año VI.-Núm. 64

PRECIO: 1 PESO

Que piensan de la guerra nuestras damas

(La revista "Familia" inaugura hoy una serie de artículos que tratarán de expresar lo más fielmente posible las opiniones de nuestras grandes damas sobre los sucesos de palpitante actualidad. "Familia" agradece desde luego la gentil y cariñosa acogida que ha recibido de parte de todas las señoras de quienes ha solicitado una opinión, y espera dar a esta serie todo el interés y la importancia que merece).



Parque de la residencia de la señora Inés Arrieta de Figueroa en Santiago.

CON LA SEÑORA INES ARRIETA DE FIGUEROA.

Estaba en París durante la declaración de la guerra.—Presenció la movilización.—Admira el espíritu francés.—La Francia ignorada.

Hay un ambiente de paz y de dulzura. Los mármoles clásicos del pórtico, los grandes árboles balanceados por la brisa, la grava blanca de los senderos invitan a la meditación, al reposo. Traen a la mente los versos del poeta:

"Y al hallarme en aquel sitio
[me imagino
detenido en un remanso cris-
talino..."]

Y cuando la dulce señora se acerca y nos habla, cuando recordando un afecto que yo, lejana pero inolvidablemente comparto con su corazón, me lleva al santuario de su intimidad, yo entro también en el alma del ambiente y comprendo que en la quietud de esta mansión no debería hablarse de las cosas turbulentas y trágicas que conmueven al mundo exterior.

Conversamos largo rato, antes de que ninguna de las dos sintiéramos la necesidad de hablar de otras cosas que de nuestras mutuas experiencias en el sendero misterioso de la vida. Se acercaba el crepúsculo cuando tocamos la guerra.

—¿.....?

—Me encontraba en Francia durante la declaración, dice.

—¿.....?



Señoras Inés Arrieta de Figueroa y Amanda de Labarca Hubertson

—Sí; habíamos ido con mis hijas a pasar el verano en una de esas deliciosas aldeas veraniegas del centro montañoso de Francia, en el Puy de Dôme, en Auvernia. Se acercaba el fin de nuestra estadía allí, cuando, por una de esas intuiciones súbitas, yo me sentí impulsada a partir inmediatamente a París para comenzar a preparar mi regreso a la patria. Mis hijas trataron de disuadirme de un viaje tan repentino. ¿Por qué no esperar unos pocos días más? me decían. Pronto acabaría la temporada y todos volveríamos juntos a París. Y yo, que accedo siempre a las peticiones de mis hijas, cuando son razonables, supe encontrar esta vez una tenacidad inflexible. Partí, confiando mis hijas a la guarda celosa de un canchero: la institutriz irlandesa que en mi ausencia tenía sobre ellas toda autoridad.

Había escrito al mismo tiempo a Londres pidiendo el envío inmediato de algunos fondos, y a la mañana siguiente de mi llegada recibí el cheque, puntual como buen inglés. Nunca los cobraba inmediatamente; pero esta mañana,



trada de la más profunda admiración por el pueblo francés de hoy. He visto cómo a una orden emanada del Gobierno, esa gente tan abierta, tan espontánea, tan locuaz, se retrajo y se encerró en un mutismo único. Se les había dicho que si no hacían manifestaciones callejeras, si no se provocaba a Alemania ni al Austria, si, en una palabra, la guerra era declarada por los enemigos y no por los franceses, Italia aseguraba su neutralidad. Y nosotros hemos visto pasear al embajador alemán y al austriaco por los sitios más concurridos de París, por el Luxemburgo y los bulevares, tratando insolentemente de provocar un ¡Muera! o un ¡Viva! que pudiera ser el pretexto de una reclamación diplomática, sin que un solo francés, joven o viejo, hombre o mujer lanzase una palabra ni expresase lo que sus



Sra. Sara del Campo de Montt.

Grupo de la señora Arrieta de Figueroa e hijas en un rincón del parque de su residencia en Santiago.

pasando frente al Banco, me dije: Ya que estoy aquí, es mejor que retire este dinero. Y entré. Una multitud más compacta que de ordinario llenaba el recinto, pero su actitud era la de siempre y no me llamó extraordinariamente la atención. En la tarde, sin embargo, consultando el doctor de mis hijos, le referí lo que había visto.

—Señora, me contestó, es que esta vez la guerra la tenemos encima, y presentándome un papel impreso que tomé de su mesa de trabajo me dijo: Hoy he recibido esta orden del Ministerio de Guerra. La movilización comenzará mañana.

¡La movilización! Yo sabía lo que significaba esa palabra, sabía que mis hijos estaban a diez horas de París y que si la movilización comenzaba, los trenes se harían escasos para cargar soldados.

—¿.....?
Corrí al telégrafo más próximo y les conminé a que se viniesen inmediatamente, en el primer tren, aún sin maletas.

Dos horas después que habían llegado, el tráfico civil se detenía, la movilización comenzaba. Al día siguiente la moratoria era un hecho. Los extranjeros perdidos en todos los rincones de la Francia pintoresca quedaban sin comunicaciones, sin dinero, sin posibilidad de reunirse con los suyos.

Entre aquellos que estaban en París había una obsesión loca por salir a toda costa del suelo francés. Después de perder la seguridad de sus comodidades y de su lujo, perdían también la cabeza y desatentados, dejando en el camino bagajes, sirvientes y aún miembros de su familia, huían despavoridos a la frontera del Sur. Yo cablegrafié para acá anunciando que partiría también a España; pero no quería hacerlo en las condiciones desastrosas de todos los demás; no podía aceptar partir yo en un compartimento y mis hijos en otros; pues siendo siete de familia, no podíamos encontrar sitio para todos juntos, y no podía exponerlos solos a las contingencias del destino, en una tierra estremecida por la lucha.

—¿.....?
Me quedé en París. Piense Ud., señora, que mis padres habían estado en Francia en tiempos de la guerra del 70 y habían presenciado con sus propios ojos los horrores de la Comuna, los desmanes del pueblo francés ahogando en sangre su sed de venganzas y su vergüenza de la derrota.

Estos relatos de mi madre fueron la pesadilla de mi infancia y en esos momentos volvían a mi recuerdo con mayor intensidad. Veía a mis hijos al alcance de una soldadesca triunfante o de una turba enfurecida. Trataba de conservar serenidad delante de ellos, pero a solas mi angustia no conocía límites.

—¿.....?
Nada. Yo vengo, señora, pene-

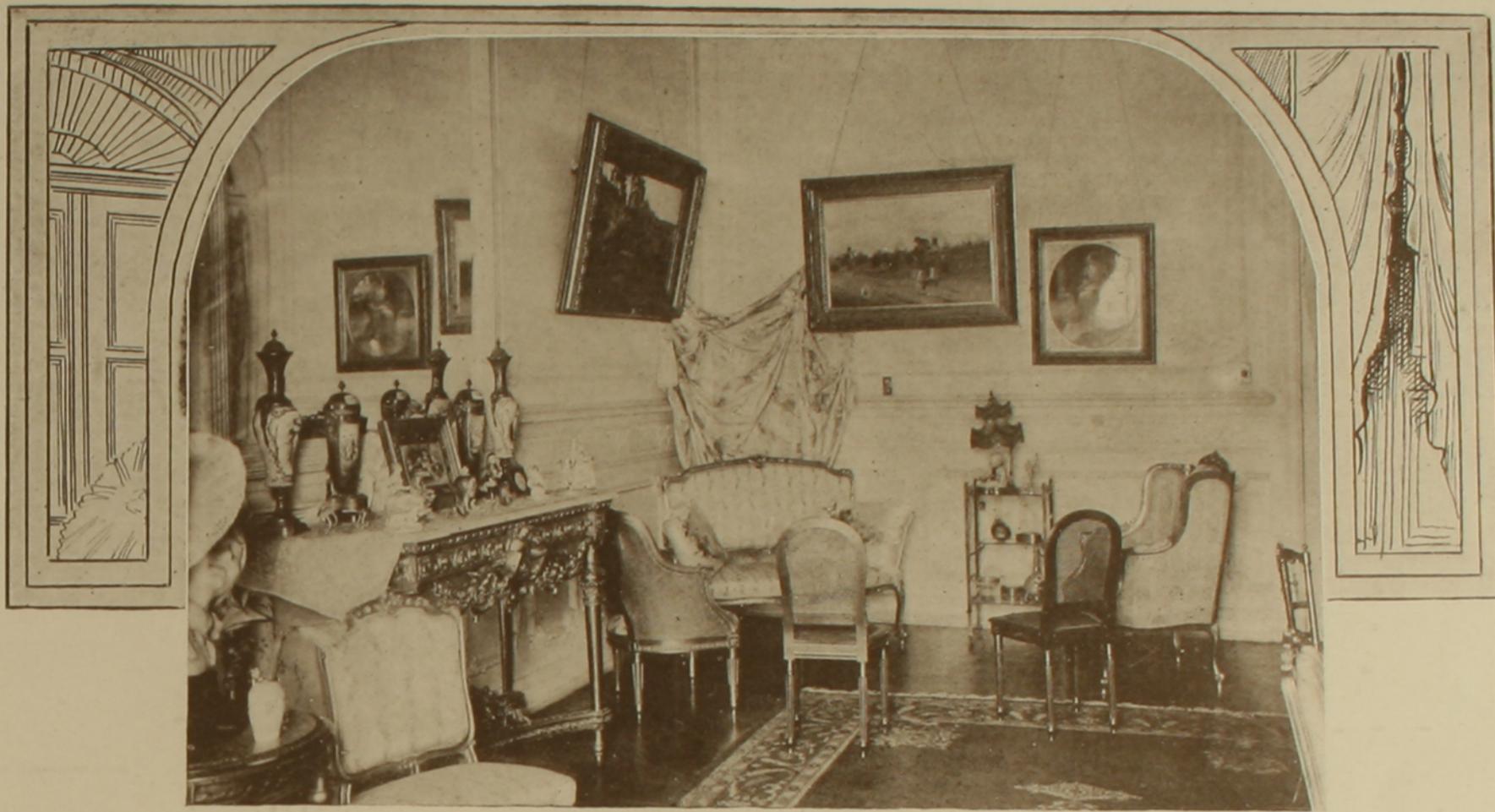
miradas cargadas de indignación y de odio les decían elocuentemente.

Vivíamos en el Boulevard Raspail, muy cerca de su confluencia con el Boulevard Saint Germain y en las vecindades del Ministerio de la Guerra. ¡Cuántas escenas conmovedoras hasta las lágrimas presenciábamos mis hijos y yo, desde los balcones de la casa!

Cuando las primeras batallas vinieron con su cortejo de muertes y de lutos, pudimos ver a mujeres de toda clase, leyendo con ojos dilatados por el dolor las listas de las primeras bajas, expuestas en los muros del Ministerio; mujeres que se retor-



Rincón del hall en la casa de la Sra. Sara del Campo de Montt.



Salón Luis XVI de la casa de la Sra. del Campo de Montt.

cían las manos de desesperación al encontrar los nombres de sus hijos o de sus maridos en las listas fatales y que, sin embargo, no lloraban, las pobres, para no descorazonar a los que tenían que partir....

Y cuando los soldados pasaban cantando al dirigirse a los campos, donde les esperaba la metralla... Recuerdo que una vez mis dos hijas estaban conmigo en el balcón mirando desfilar una patrulla. Iban a embarcarse y les acompañaban las madres, los parientes, los pequeñines que algunos llevaban todavía en sus brazos. Todos cantaban las viejas canciones de patriotismo y de gloria. Al pasar bajo nuestra ventana, uno de los soldados miró a mi niña e interrumpiendo su canto le pidió:

—Una sonrisita, señorita, una sonrisa que me traiga la dicha.

Pedía una sonrisa en los umbrales de la muerte...

—¿.....?

Estuvimos en París durante todo el primer mes de guerra. Hemos salido cuando los alemanes estaban en Compiègne, a dos horas de París. Partimos a la Rochelle, pero salimos todos juntos en el mismo compartimento y seguidos de nuestro equipaje completo, sin perder ni un alfiler.

—¿.....?

Jamás. Todos los franceses tenían la fé más absoluta en el triunfo final de sus armas. Y quien estuviera en Francia en el aquel tiempo tenía que compartirla; se convencía de que era imposible que tanta abnegación, tanto heroísmo, tal unión de los corazones como no se habían visto desde los tiempos de las guerras napoleónicas, fueran arrollados por ninguna fuerza material por grande que fuese.

Dicen que la organización y el método demostrados por los alemanes en esta guerra son admirables; pero me parece que es de admirar más todavía que los franceses, que no son un pueblo sumiso y habituado a la obediencia ciega como el alemán, sino que, por el contrario son levantiscos y dueños de su espíritu, con personalidad propia, en fin, se sometieran voluntariamente, razonadoramente a la disciplina más severa desde el momento en que lo juzgaron necesario al triunfo de la patria. La precisión y el método más admirable presidió en todos los actos del Gobierno en aquellos meses. Este había asegurado que dentro de tantos días y tantas horas la movilización habría terminado y en ese mismo día y a esa misma hora el tráfico civil y ordinario comenzó a funcionar como si nada de anormal hubiera sucedido.

—¿.....?

—Sí. En La Rochelle encontré por vecino y huésped del mismo hotel al General Galleni, el cual había ido a inspeccionar tropas y guarnición. Tuvimos ocasión de oírle muy a menudo sobre el tema que más preocupaba. A la fé de su patriotismo, el general añadía la certeza científica del triunfo basado en hechos y en cifras. Jamás oí ni vi a francés alguno, que no esperase con fiabilidad en el triunfo de la patria.

Yo he regresado, señora, convencida de que existían en Francia fuerzas de energía y de virtud que se desconocían. El extranjero juzga a Francia por las novelas y por la vida de su capital. Sin embargo, la vida francesa no es la de sus romancistas ni las de los parisinos. París es el salón de la Francia, el salón en que se recibe a los visitantes, y donde cada uno trata de pasarlo como más le agrada. El hogar tranquilo, abrigado, perfumado por la gracia o por el arte, a cuyo alrededor se agrupan los hombres y las mujeres que piensan, que trabajan y que velan al lado de los hijos, no es conocido por el extran-

jero y el novelista tampoco lo pinta porque en su tierra es lo general, lo que se ve todos los días, la realidad de cada habitante.

Yo tengo para mí que un país que produce ciudadanos llenos del noble e inteligente patriotismo que revela el soldado francés, valiente hasta el heroísmo, esforzado hasta el sacrificio, humanitario con el vencido e incapaz de crueldades ni salvajismos, no puede ser un país corrompido como lo consideran los que no quieren estudiarlo a fondo.

Esta guerra servirá para dar a conocer al mundo la verdadera Francia.

* *

Pfaban las aves en la espesura del parque que rodea la histórica mansión. Se desgranaron cristalinas por el aire las notas de un campanario cercano. Me despedí. Junto con la fragancia de las rosas que ella me había obsequiado, aspiraba yo el santo perfume de un alma.

CON LA SEÑORA SARA DEL CAMPO DE MONTT.

Ha visitado todos los países en lucha.—Sus sentimientos.— Constantinopla.—Transcendencia de esta guerra en la política sud-americana y chilena.

Nunca dejo de entrar a su residencia sin pensar en un relicario delicado y riquísimo. No tiene su casa la vida jovial de otras; los ruidos que llegan de las habitaciones altas nos alcanzan tamizados y débiles como un susurro; las paredes nos cuentan historias magníficas que no son las de estos tiempos; los retratos, los bustos, las miniaturas, todo dice del pasado, todas son reliquias de hombres eminentes que ya no existen; la semi-obscuridad de los salones habla al espíritu con voces misteriosas venidas del más allá y hasta cuando nos protege la mirada grave y triste de aquella que es la depositaria de tantos dones y reliquias, no podemos dejar de pensar que el Destino la ha marcado con el sello de sus elegidos.

No quiero hablar de la guerra con quien tiene siempre tantas otras cosas interesantes que decir y dejo que nuestra charla nos lleve a los temas que le son más queridos. Naturalmente, vuelve a los tiempos espléndidos de su pasado, a su vida de esposa de un grande hombre y es ella misma quien dice al concluir un párrafo:

—Con él visité todos los países que hoy están en lucha.

—¿Todos? Incluso Rusia?

—Sí, y Turquía también, y los países Balkánicos.

—¿Qué interesante! De modo que para Ud. la guerra debe tener proyecciones y significados especiales.

—En efecto. Yo no puedo pensar en la guerra en abstracto. Voy localizando y poniendo en la realidad de lo que vi, los sucesos que el cable nos transmite.

—Lo que de seguro intensificará sus sentimientos.

—Es verdad. Las acciones de guerra; las marchas triunfales, las retiradas, me conmueven y me apasionan. Durante la invasión de Bélgica me torturaba el recuerdo de esos campos florecientes que yo había conocido, esas aldeas industriales y activas, esos tranquilos burgos flamencos llenos de recuerdos de arte y de memorias de un pasado muerto; destruidos hoy por la metralla y por el fuego. También pienso en Alemania. Yo estuve allí varias veces, en los buenos y en los malos tiempos y le conservo demasiada gratitud para poder estar en contra de ella en esta guerra.



Creí penoso insistir sobre este punto e hice girar la conversación a otro tema:

—¿Cree Ud. que 1915 verá la toma de Constantinopla por los cristianos?

—Lo dudo. En todo caso yo no deseo. No puedo figurarme una Constantinopla que no sea turca y oriental. Al hacerse cristiana, me parece que perdería todo su cachet, su gracia, su belleza que la hace única. Cuando llega a Constantinopla, el viajero ve cambiar toda la decoración, a la cual están habituados sus ojos europeos. Todo en ella es diferente: los minaretes, las cúpulas doradas, la paz de los cipreses la voz del Muezzin que llama a la oración. Constantinopla dejaría de existir si no hubiese en ella sultanes y mujeres veladas y pachás magníficos y crueles.

En ese instante alguien vino a interrumpirnos. Unos minutos después ella vuelve y me dice:

—Este señor que acaba de irse es el cónsul de Bélgica. Imagínese que desea dar una velada a beneficio de los huérfanos de su patria y que las autoridades le han negado el local que solicita, so pretexto de que tenemos muchos pobres aquí para hacer fiestas de caridad para otros. Estoy indignada. ¿Por qué impedir que el que desee dar su óbolo lo ofrezca? ¿No le parece? Este señor me pedía que fuese a hablar con el Intendente y se lo prometí. La caridad no debe reconocer fronteras.

—Y yo que antes había llegado a la conclusión de que sus simpatías estaban acaso por Alemania, comprendí en ese momento que si sus simpatías estaban con unos, su piedad estaba con todos.

—Las autoridades chilenas,—dije yo, aparentemente a modo de comentario—se encuentran en situaciones bien difíciles creadas por esta guerra.

—No sólo por la guerra, por sus imprevisiones, sus vacilaciones

—Todos claman por un gobierno previsor y fuerte.

—En el Presidente que ha de venir están cifradas las últimas esperanzas. Es un período difícil en el que le va tocar actuar. El país atravesando su más honda crisis; el mundo convulsionado por la guerra. Se dice que después de ella vendrán a América multitud de capitales, pero Chile, ¿qué garantías puede ofrecerles? La guerra debería ser una señal de alerta para nosotros y para nuestro gobierno. Va a tener una trascendencia enorme en la política sud-americana, y Chile debería preverlo y prepararse para ello. El nuevo presidente va a actuar en condiciones especialísimas; va a tener dificultades y oportunidades mayores que cualquier otro. ¿Las sabrá aprovechar?

Por su rostro fino y pálido pasa la sombra de la tristeza, como si su inteligencia y su conocimiento del mundo le hicieran presentir días amargos para la patria...

A. L. H.

(Continuará).



Busto del ex-Presidente de la República, Excmo. Sr. Montt, en el hall de la casa de la Sra. del Campo de Montt.